



Entrevista a Amelia Tiganus*

Activista feminista y defensora de los derechos humanos de las mujeres



*Amelia Tiganus es una activista feminista y defensora de los derechos humanos de las mujeres, nacida el 11 de marzo de 1984 en Galati, Rumanía. Vive en Euskadi, su ventana al mundo desde la que pudo reconstruir su vida y renacer después de haber sido explotada sexualmente durante cinco años en el Estado español. Desarrolla su trabajo en *Feminicidio.net*, un proyecto social del que forma parte a partir de 2015 y donde actualmente sostiene el cargo de coordinadora de la plataforma de formación online y del proyecto de prevención, formación y sensibilización sobre prostitución, trata, violencia sexual y otras formas de violencia contra las mujeres. Ha publicado varios artículos como *La revuelta de las putas* (2017), *Recuerdos de cómo se fabrica una puta* (2017); y es formadora en varios cursos y talleres de sensibilización y prevención de la trata y la prostitución. En los últimos dos años ha impartido más de 80 conferencias, charlas y talleres por todo el territorio español y también en Argentina. Tiganus deja claro que: “No podemos hablar de igualdad entre hombres y mujeres, ni de justicia social, ni de la sociedad del buen trato mientras exista una sola mujer en el mundo explotada sexualmente”.*

*La entrevista fue realizada para la Revista Atlánticas por Beatriz Ranea Triviño, coordinadora del presente número monográfico de la revista, e investigadora doctoral de la Universidad Complutense de Madrid (Madrid, España). Correo electrónico: b.ranea@ucm.es. ID: <https://orcid.org/0000-0002-4595-4436>

Cómo citar esta presentación: Ranea, B. (2018). Entrevista a Amelia Tiganus. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3 (1), 136-147. doi: <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3538>

Rev. Atlánticas: Muchísimas gracias, Amelia, consideramos fundamental contar contigo en este monográfico porque tu discurso aúna la autoridad que confiere la experiencia vivida con el proceso de reflexión teórica que te convierte en una experta en prostitución y trata. Como superviviente, como activista e integrante de *Femicidio.net*, como experta y como compañera, me gustaría que mantuviéramos un dialogo en el que profundicemos en tus principales planteamientos y reflexiones. En primer lugar, me gustaría que nos explicases lo que has conceptualizado como el proceso de fabricación de la puta, ¿en qué consiste este proceso?

Amalia Tiganus: Vivimos en una sociedad que piensa que las putas son putas porque así han nacido. En una sociedad machista y patriarcal, donde teóricamente las mujeres somos iguales pero en la práctica, nacemos y nos educan para servir a los hombres. La educación sexo-afectiva brilla por su ausencia y el sexo no comercial es un tema tabú que esconde la posición que tenemos las mujeres en la política sexual de roles frente a los hombres, la inferioridad, y eso, claro, nos deja en una situación muy vulnerable. Así es muy fácil fabricar putas. La sociedad fabrica putas para que los hombres tengan el privilegio de disponer del cuerpo de algunas mujeres.

En España la demanda de prostitución es muy elevada y la prostitución es vista con total normalidad o en algunos casos como un mal necesario y como no se puede cubrir con las mujeres que están “encantadas” de prostituirse, se recurre a la fabricación de las putas: a través de pactos entre hombres, el patriarcado de las instituciones y del comercio y las redes de proxenetas, se convierten así en una gran multinacional que traspasa todas las fronteras. Ese gran negocio y disfrute de los hombres que es la trata se consume con mujeres violadas en su niñez, quebradas y obligadas a agachar la cabeza, mujeres a la que se las deshumaniza para que puedan venderse, como me vendieron a mí a los 17 años por 300 euros unos proxenetas rumanos a un proxeneta español.

En Rumanía, primero me topé con los hombres acosadores, después con los

violadores y luego con los proxenetas (muchos de ellos son también violadores que escogen a niñas para violarlas, quebrarlas y luego venderlas: la fabricación de putas y la violencia patriarcal son inseparables).

Y todos esos hombres que conocí se movían impunes, arropados por sus familias, su comunidad más cercana y la complicidad del Estado proxeneta.

Rev. Atlánticas: Te refieres a los clubes de alterne como campos de concentración de mujeres, ¿cómo describes esa experiencia concentracionaria?

Amelia Tiganus: Comparto la idea de que está estancado. Describo los prostíbulos como campos de concentración de mujeres, porque tenía todos los sentidos puestos en sobrevivir. Recuerdo lo difícil que se me hacía pensar allí, cuando me recuerdo a mí misma teniendo que tomar decisiones, el miedo me invade y me paraliza igual que lo hacía entonces. Me estremece el recuerdo de nosotras en fila esperando nuestro turno para cobrar el dinero que nos tocaba después de 12 horas de lo que la industria del sexo llama “trabajo”. Nosotras en fila esperando el cambio de sábanas, nosotras en fila dirigiéndonos a la sala del bar, nosotras en fila hablándoles a los puteros, en fila esperando el turno para comer, nosotras en fila haciendo cola para entrar a un cuarto con un putero. Aún recuerdo el olor a ambientador, el humo de nuestros cigarros, el alcohol, la cocaína, la música alta y esas canciones de amor que nos poníamos con monedas, las películas porno que ellos ponían con monedas, las luces rojas de neón... Recuerdo nuestras risas, llantos, peleas, nuestras pequeñas conversaciones y planes de futuro. Todas, absolutamente todas, soñábamos con salir de esa vida cuanto antes.

Además, la esclavitud es una vida sin sentido del tiempo. Sin voluntad para reconocerte a ti misma como persona. Cuando el proceso de deshumanización es constante, la disociación y el olvido son necesarios, es más, son un mecanismo muy poderoso de supervivencia dentro del campo.

Todo formaba parte de la experiencia concentracionaria: estar las 24 horas del día obligadas a ver películas porno, a no dormir cuando quieres, a no comer cuando quieres, a ser y a actuar en relación a lo que los puteros exigen, a vestir como ellos lo desean, a tener otro nombre, a dormir en la misma cama en la que durante horas los puteros han hecho posible que la repetición del acto sexual se transforme en una de las formas de torturas más brutales. Además, el dinero que ganamos en supuesta libertad es usurpado por los proxenetas y que ese dinero beneficia a ayuntamientos, a Hacienda, al Estado proxeneta.

Los puteros son explotadores, torturadores y hasta exterminadores. La vida de las putas es muy corta gracias a ellos. Y cuando morimos o nos asesinan, seguimos siendo las invisibles. La violencia sigue ahí después de que perdemos la vida.

En el prostíbulo pierdes tu identidad y te conviertes en una mujer en serie: intercambiable y utilizable sin medida. El campo te aliena, te despersonaliza. Muchas mujeres prostituidas mueren por enfermarse gravemente a causa de las adicciones, los abusos y la tortura; las que son asesinadas, las víctimas de feminicidio por prostitución son las grandes olvidadas de la violencia machista. Mujeres desechables, hermanas nuestras atravesadas por múltiples violencias durante su -por lo general- corta vida, son asesinadas con brutalidad y saña, sus cuerpos destrozados son encontrados con frecuencia en descampados, o en contenedores, o en bolsas de basura. A pesar de que se trata de crímenes machistas por antonomasia, no son reconocidos como tales, ni por las leyes, ni por la gente. En la base de datos de *Femicidio.net* hemos documentado 41 feminicidios en el sistema prostitucional, cometidos entre los años 2010 y 2017. Sin contar con las desaparecidas por trata. Si apenas importan las prostitutas asesinadas: ¿A quién le importa las putas desaparecidas? El campo de concentración nos abduce, nos explota, nos extermina, nos desaparece o nos aniquila poco a poco.

Rev. Atlánticas: En cuanto a los hombres que demandan prostitución tienes unas categorías elaboradas de “clientes”, puteros. ¿Crees que la construcción de la masculinidad tiene relación con el hecho de que el consumo de prostitución sea una práctica masculina?

Amelia Tiganus: Se escucha muchas veces que no todos los puteros son iguales y es cierto. Lo que tienen en común aparte de ser hombres, es que son machistas que piensan que las mujeres existimos para servir a sus deseos y ser adornos de su masculinidad patriarcal, reforzada por la existencia de la prostitución.

La alianza putero-proxeneta es de las más fuertes y leales en el patriarcado, entre estos dos roles de machos no hay fisuras, protegen la masculinidad hegemónica y por eso necesitan resguardarse en lugares físicos donde las únicas mujeres que estén allí sean cosificadas, sumisas y estén dispuestas a ser humilladas, usadas y torturadas por ellos, bajo la “legalidad” que le concede el Estado proxeneta. El prostíbulo es el símbolo más contundente y claro de que el patriarcado no está dispuesto a que las mujeres alcancemos la igualdad. Mientras haya prostíbulos, no solo se garantizará que siempre hay un lugar en el que la masculinidad hegemónica está a salvo sino que los hombres como ciudadanos, con la ayuda del Estado, las leyes, los jueces, la policía, los partidos políticos, las religiones y la indiferencia social, pueden disponer de mujeres desechables y explotables.

Conocí tres tipos de puteros:

Algunos iban de buenos y me hacían preguntas, me contaban cosas, yo tenía que ser muy amable con ellos y sonreírles, escucharles y aprobarlos con cariño y admiración. Para mí esa situación era una de las más enloquecedoras. Ellos me obligaban a estar allí presente, no sólo en cuerpo sino también en mente. Aquello era una tortura para mí y sé que también para la gran mayoría de mujeres prostituidas. Mientras estaba con ese tipo de putero no podía contar el dinero que había ganado ese día y cuánto me quedaría a mí. Tampoco podía contar cuánto me faltaba para comprar esa casita con jardín. Tenía que estar allí, verle la cara, sentir

sus sucias caricias y su aliento. Y abrazarle y acariciarle. Eso y sonreír. ¡Muy importante! La impotencia y la rabia que me producía eso no puedo describirlo en palabras. Babosos que querían mi cuerpo, mi alma, mi mente y todo mi ser por un miserable billete. Además, pareciera que debía estarles agradecida porque ellos supuestamente me trataban bien. Solía acabar desquiciada diciéndoles que follaran de una vez y se largaran. Se ofendían muchísimo y pasaban de ser los novios más amorosos a llamarme puta asquerosa, mentirosa y estafadora de la manera más violenta. Eso me traía siempre mala fama y tuve que dejar de hacerlo así y tragar en silencio esos ataques de locura que me daban cada vez que estaba con un putero “majo”.

Luego estaban los que iban al grano. Ellos pagaban, penetraban y se iban. Por lo menos así podía evadirme y estar mentalmente allí donde quería estar. Para ese tipo de puteros las putas somos solo un cuerpo con orificios para penetrar. No hay deseo y poco les importa en lo que estamos pensando. Debemos hacer una performance igual que en las películas que vemos en esos televisores las 24 horas del día. Gemir, sonreír y hacer como que estamos participando. Con eso ya les parece satisfactorio. Después se van y nos quedamos con nuestro cuerpo violentado y dolorido. ¡Pero ya falta menos para cumplir el sueño!

También están los sádicos y misóginos. Las prácticas de tortura física y psíquica que llevan a cabo para sentir satisfacción son difíciles de narrar. Ser mordida, pellizcada, golpeada, insultada, vejada y reducida a nada. En cuanto más dolor, humillación y miedo te hacen pasar, más disfrutan.

Al principio pensaba que podía identificarles antes de entrar al cuarto pero la experiencia me demostró lo contrario. Daba igual si el putero era político, juez, policía, fiscal, periodista, sindicalista, obrero, empresario, deportista, casado, soltero, joven o mayor. Nunca sabía con cuál de esos tres tipos de puteros me iba a encontrar una vez que se cerraba la puerta de la habitación.

Todos eran repulsivos.

Rev. Atlánticas: Por otro lado, la prostitución en los últimos años se ha magnificado en esta fase del capitalismo neoliberal dando lugar a lo que se conoce como “industria del sexo”. En algunos análisis acerca de la prostitución este elemento es obviado, me gustaría preguntarte, ¿cómo impacta en la sociedad la expansión del sistema prostitucional?

Amelia Tiganus: La prostitución es el lugar donde la violencia sexual queda justificada por el intercambio de dinero. El neoliberalismo blanquea la violencia sexual y provee la prostitución de mujeres que en la gran mayoría somos de países del Sur, para que esta sociedad pueda consumirnos. La fábrica de las putas funciona a pleno rendimiento para que cualquier hombre tenga a su alcance mujeres desechables, cada vez más jóvenes.

Delante de nuestros ojos hay carreteras plagadas de prostíbulos, mujeres en la calle medio desnudas -pasando frío o calor-, pisos donde las mujeres “nuevas, complacientes y disponibles las 24 horas” desfilan cada vez que entra un putero y decide hacer uso de su privilegio. Anuncios en prensa, en internet, *flyers*, tarjetas... ¿Cómo lo podemos permitir?

En este mundo neoliberal donde todo se compra, nuestro deseo se anula y el deseo masculino parece un derecho. La prostitución de mujeres es un privilegio masculino.

Sin embargo, por otro lado, desde diferentes frentes el patriarcado capitalista actual intenta convencernos de que la prostitución debe abordarse como un derecho para las mujeres. Como sostiene Sonia Sánchez, el “trabajo sexual” es la penetración de boca, vagina y ano. El campo de concentración te convierte en un agujero, ¿qué más quiere el patriarcado más atroz que reducirnos a un hoyo? Y luego la industria del sexo convierte a ese hoyo en una mina de oro.

Rev. Atlánticas: Cuando haces referencia al Estado proxeneta, ¿qué papel tiene el Estado en el desarrollo de la industria del sexo?

Amelia Tiganus: Para poder entender lo que es la prostitución, siempre hablo de sistema prostitucional del que forma parte el Estado en primer lugar que bajo el manto de ilegalidad garantiza que siempre haya un lugar donde la masculinidad hegemónica esté a salvo. Eso supone una ayuda del Estado: de las leyes, los jueces, la policía, los partidos políticos, la indiferencia social... Para poner a disposición de los hombres mujeres desechables y explotables. Además, hay que hablar de los cinco millones de euros al día, según el propio Ministerio del Interior, que mueven la prostitución y la trata, que están incluidos en el cálculo del PIB del Estado español a partir del 2014. Esto significa que se van a preocupar muy poco de invertir dinero para conseguir la igualdad cuando la desigualdad estructural es lo que beneficia al Estado a nivel económico.

También, aunque la prostitución sea legal, es muy inocente pensar que el Estado va a garantizar los derechos de las mujeres en este estado de ilegalidad o incluso legalizando la prostitución. La misma prostitución ya es un acto de discriminación de todas las mujeres porque pone a disposición de los hombres lugares de ocio y disfrute donde las mujeres somos meros hoyos.

En esta época del capitalismo neoliberal, el sistema prostitucional convierte a las mujeres de países empobrecidos en materia prima. En un Estado como el español, donde en torno al 90% de las mujeres en prostitución son mujeres migradas, pobres y precarias, que no tienen oportunidades, muchas de ellas sin estudios, parece que son condenadas a ser explotadas sexualmente, con el consenso y la complicidad social. Así es como el sistema prostitucional consigue que haya una oferta "exótica", se produce una cosificación máxima y se da barra libre a los hombres sin cargo de conciencia, regodeándose entre sí.

Llevo tiempo pensando en el tema de las cifras, las pocas cifras con las que contamos nos dicen que en torno al 32% de los hombres españoles ha consumido prostitución. Siempre he pensado que son más y creo que esto tiene que ver con que los demás han de ser turistas sexuales. Porque en España se consume mucha

prostitución por parte de hombres “turistas sexuales”, porque es uno de los países de destino preferidos para esos hombres que viajan ya sea de vacaciones o en viaje de negocios, o para acudir a Congresos, etc. y que aprovechan el viaje para consumir prostitución en este Estado que les proporciona todas las facilidades para ello.

Rev. Atlánticas: Autores/as como Rosa Cobo o Peter Szil se refieren al papel de la pornografía mainstream o hegemónica como pedagogía o marketing de la prostitución. Has comentado que en las televisiones de los clubes de alterne se emite pornografía de forma constante. Desde tu punto de vista, ¿cuál es el papel de la pornografía en esos espacios?

Amelia Tiganus: Creo que el papel de la pornografía en los espacios prostibularios tiene distintas características para las mujeres prostitutas y para los prostituidores. Para las mujeres se convierte en un arma de tortura dentro del campo de concentración y lo que representa ver esas imágenes emitidas durante las 24 horas del día y también funciona como arma para aniquilar nuestra humanidad y nuestra identidad. Por otro lado, para los hombres sirve para normalizar esa violencia sexual y así el prostíbulo sirve como el espacio donde ellos se pueden entrenar en la violencia sexual para después ejercerla con todas las mujeres. Es decir, que el prostíbulo representa un puente donde la supuesta ficción de la pornografía se hace realidad. La prostitución es el espacio donde no existe el límite. Las prácticas sexuales que exigen los puteros son cada vez más violentas, y responden a ese aprendizaje adquirido a través de la pornografía y el deseo de llevar a cabo esas prácticas violentas que ven allí. Hoy en día, cada vez más hombres consumen pornografía con contenido fuertemente violento, y les excita la violencia ejercida contra las mujeres.

Rev. Atlánticas: Con tu activismo estás consiguiendo que muchas personas que no habían reflexionado en este sentido sobre prostitución, comiencen a hacerlo. ¿Cómo valoras este camino del activismo que emprendiste hace unos años?

Amelia Tiganus: Creo que la sociedad en general necesitaba que nos encontráramos en este mismo horizonte, el de sensibilizar e iniciar un debate público profundo para que la gente sepa el mundo de horror con el que convivimos al lado. También pienso que, desde mi activismo y no sólo de mi testimonio sino otros testimonios de otras compañeras, lo que estamos consiguiendo es plantear qué papel juega el estigma: podemos ver que el estigma está en lo que la sociedad hace con las putas. Las activistas supervivientes del sistema prostitucional trabajamos para erradicar el estigma de las prostitutas porque realmente lo que intentamos es humanizar la figura la prostituta y que la sociedad y otras mujeres que no han sido destinadas a ello, que no han sido catalogadas como prostitutas; puedan sentir que lo que nos une y lo que tenemos en común es que somos todas mujeres. Muchas veces falta eso, la deshumanización es tan brutal que casi nadie puede empatizar con una puta.

Rev. Atlánticas: Con tu activismo expresas con mucha claridad que lo personal es político, ¿qué ha supuesto el activismo a nivel personal?

Amelia Tiganus: Y a nivel personal el activismo para mí ha supuesto un camino de sanación porque es muy difícil hablar de todo lo vivido y más cuando los juicios y los prejuicios que hay en la sociedad ponen en duda la palabra de una mujer y de una prostituta mucho más. Creo que lo que consigo es trasladar lo que conozco a lo que la sociedad cree que sabe pero que en realidad le es totalmente desconocido.

Rev. Atlánticas: En este sentido, hay una frase tuya que a muchas se nos ha quedado grabada: “El feminismo me salvó la vida”, ¿cómo fue este proceso?

Amelia Tiganus: En la actualidad, me siento privilegiada por muchas razones, pero principalmente por poder pensar. Pensar me parece un acto de rebeldía. Algo tan humano como ello me fue arrebatado -como a muchas mujeres- a través de la violencia simbólica, la violencia psicológica, la violencia física, la violencia económica, la violencia sexual, la violencia institucional, la violencia sociocultural... Las putas somos atravesadas por todas las violencias. Pude despertar de aquella

sensación de estar muerta en vida el día que descubrí que mi historia no era algo personal sino la historia de muchas mujeres; la historia de mujeres que el patriarcado pone a disposición de los hombres de manera pública. Conocer el feminismo fue empezar a pensar, a indagar, a encontrar respuestas, a perder el miedo y la vergüenza y a sentirme en la obligación ética de actuar.

Tuve la gran suerte de conocer a mi amiga y mentora, Graciela Atencio. Fue en el otoño del año 2015, en unas jornadas feministas en Donostia. Ella -en calidad de investigadora, periodista y directora de *Femicidio.net*- presentaba el avance del informe "Femicidio en el sistema prostitucional del Estado español. Víctimas 2010-2015". Escuchar su intervención me removió muchísimo y desde la determinación, junté el valor suficiente como para pedir la palabra y hablar por primera vez delante de más de cien oyentes. Conté que fui prostituta y que gracias al feminismo comprendí que no era yo la que tenía que sentir vergüenza. También, que hacía un tiempo que estaba buscando una organización donde militar como activista abolicionista y que me ofrecía para luchar en primera línea. Así nos encontramos y así empezó mi activismo. Enseguida me incorporé al equipo de *Femicidio.net* y desde allí pude alzar la voz con fuerza, con firmeza; sintiéndome respetada, apoyada, arropada, querida. Dicen que nadie se salva solo y creo que es verdad. Todas las personas necesitamos un entorno favorable para poder desarrollar nuestras capacidades y crecer.

Para mí, cuando digo que el feminismo me ha salvado la vida, me refiero a que a través de la teoría feminista pude en primer lugar, poner palabras a lo vivido; y en segundo lugar, poder analizarlo desde otro contexto político y no tan individual. Poder darme cuenta de que hay todo un entramado que arroja a la prostitución y hace posible toda esta realidad a algunas mujeres, me ha ayudado a sentir que soy parte de una solución. Por esto, creo que es fundamental el empoderamiento feminista de las mujeres en situación de prostitución, es decir, que el empoderamiento sea una cuestión central.

Lo que me gustaría recalcar es que la prostitución nos afecta a todas las mujeres. Mientras exista la prostitución, los hombres van a tener ese espacio donde no se van a cuestionar la masculinidad hegemónica y seguirán legitimando y reproduciendo la violencia sexual.